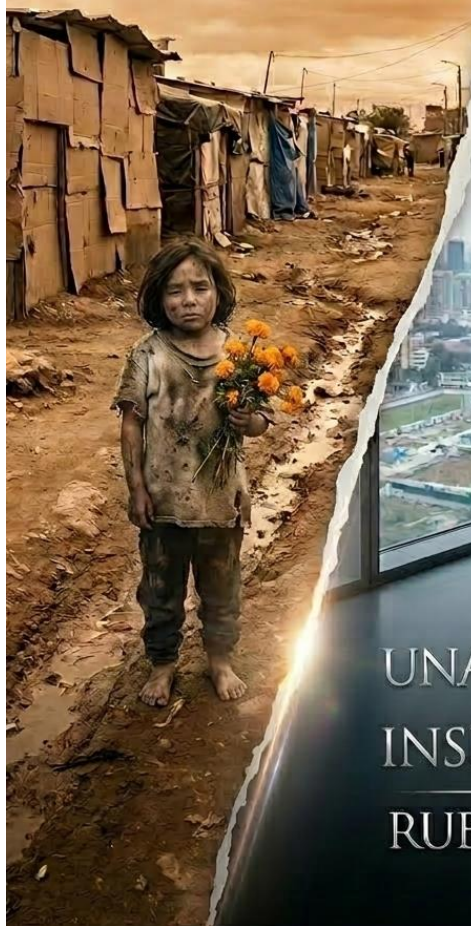


# LA VIDA EN AMBOS LADOS



UNA HISTORIA  
DE ÉXITO  
INSPIRADORA  
— POR —  
RUBEN OZUNA

# **LA VIDA EN AMBOS LADOS**

Una Historia de Éxito Inspiradora

Por Rubén Ozuna Gallardo

# Índice

Capítulo 1 — El Polvorín

Capítulo 2 — Sobrevivir

Capítulo 3 — Cruzando la Frontera

Capítulo 4 — Los Frijolitos y Hollywood

Capítulo 5 — El Sueño Imposible

Capítulo 6 — El Precio de Creer en Ti

Capítulo 7 — El Regreso del Niño al Polvorín

Capítulo 8 — El Hombre Que Soñó Más Grande Que Su Miedo

Capítulo 9 — El Legado del Niño del Polvorín

Capítulo Final — La Forma en Que Aprendí a Amar

## Capítulo 1 — El Polvorín

Nací el 21 de febrero de 1978 en Mexicali, Baja California, en una colonia llamada El Polvorín. Un lugar donde el polvo se metía por las ventanas, donde el calor parecía derretirlo todo y donde la pobreza no era una etapa... era la manera en la que se vivía.

Éramos siete hermanos.

Yo era el tercero.

Desde muy pequeño entendí que la infancia no era algo que todos los niños podían darse el lujo de vivir.

Mientras otros despertaban pensando en juguetes, caricaturas o partidos de fútbol, yo despertaba pensando en cómo ayudar a que en mi casa hubiera algo de comer.

Todavía recuerdo aquellas mañanas oscuras antes de salir el sol. El silencio de la colonia. Los perros ladrando a lo lejos. El frío cortándome la cara mientras caminaba cargando flores artificiales que mi tía Gloria traía de Estados Unidos para que yo pudiera venderlas.

Tenía apenas siete años.

Siete años... y ya conocía el cansancio de un hombre adulto.

Iba tocando puertas una por una. Algunas personas me compraban flores por lástima. Otras simplemente me miraban como si yo fuera invisible. Muchas veces ni siquiera abrían completamente la puerta. Solo sacaban la mano, negaban con la cabeza y me cerraban en la cara.

Yo seguía caminando.

Porque en mi casa nadie podía darse el lujo de rendirse.

Cuando terminaba de vender regresaba corriendo para bañarme antes de ir a la escuela. No teníamos agua potable ni electricidad. Mi mamá calentaba lo poco que podía, pero la mayoría de las veces me bañaba en un tambo metálico lleno de agua helada.

Todavía puedo sentir cómo aquella agua me atravesaba el cuerpo como agujas.

Había mañanas donde el frío era tan fuerte que me quedaba temblando varios minutos. Mis dientes chocaban solos mientras intentaba ponerme el uniforme para irme a estudiar.

Pero aun así iba.

Porque mi mamá decía que la escuela podía salvarnos... aunque la pobreza intentara hundirnos.

Recuerdo un día que salí llorando de mi casa después de bañarme. El frío me estaba quemando la piel. Caminaba abrazándome a mí mismo mientras cargaba las flores, intentando aguantar las lágrimas.

Entonces una señora me habló desde afuera de una casa humilde.

—Ven mijo... ¿quieres una maicena de fresa?

Nunca olvidé ese momento.

Todavía puedo ver el humo saliendo del vaso. Mis manos pequeñas sosteniéndolo mientras intentaban recuperar el

calor. El olor dulce de la fresa mezclándose con el frío de aquella mañana.

Y todavía hoy puedo decir que jamás he probado algo tan rico como aquella maycena.

Porque no era solamente el sabor.

Era sentir, por primera vez en mucho tiempo, que alguien veía el dolor que yo llevaba encima. Que alguien podía notar el frío, el hambre y el cansancio escondidos detrás de un niño que intentaba aparentar que estaba bien.

Hay recuerdos que parecen pequeños...

pero terminan salvándote por dentro durante años.

Y quizá nunca olvidé aquella maicena porque en mi infancia la ternura casi no existía.

La noche anterior a ese día había pasado algo que me marcó para siempre.

Recuerdo escuchar a mi mamá decir que yo era un burro. Yo apenas era un niño, pero esas palabras me atravesaron el corazón. Sentí vergüenza. Sentí tristeza. Sentí que no valía nada.

Esa noche me salí llorando de la casa mientras todos dormían.

Todavía escucho la voz de mi papá diciéndole:

—¿Ya ves lo que causaste? Ahora ve por él.

Mi mamá salió a buscarme.

Yo me escondí dentro de una enorme zanja donde estaban colocando tuberías de agua. Me acurruqué abrazándome las piernas, intentando desaparecer. Lloraba en silencio mientras veía el cielo oscuro arriba de mí.

Pensé que nadie me encontraría.

Pero ella me encontró.

Todavía recuerdo el miedo cuando vi su sombra acercarse.

Recuerdo sus gritos.

Recuerdo los golpes.

Recuerdo el dolor.

—¿Ya ves lo que causaste?... Pero te irá peor cuando no esté tu padre...

Y luego me gritó algo que jamás olvidé:

—¡Llora! ¿Qué no lloras sangre?

Ese día dejé de llorar.

No porque el dolor desapareciera...

sino porque entendí que llorar podía hacer que me golpearan más fuerte.

Con los años aprendí a comprender muchas cosas de mi mamá. Entendí la pobreza brutal que vivíamos. Entendí el

miedo constante que cargaba dentro. Y también entendí el tipo de hombre que podía llegar a ser mi abuelo Ramón.

A veces me pregunto cuántos sueños le habrán roto a ella antes de que yo naciera.

Porque nadie nace lleno de tanta tristeza.

Y aunque hubo momentos donde me dolió profundamente, nunca pude odiarla.

Creo que ambos estábamos sobreviviendo como podíamos.

Después de la escuela me iba a trabajar a una llantera limpiando y acomodando llantas. El olor a hule quemado, aceite y tierra quedó tatuado para siempre en mi memoria.

Y también quedó grabado el miedo.

Había algo en el dueño de la llantera que me hacía sentir incómodo. Yo era demasiado pequeño para entender ciertas cosas, pero mi cuerpo sabía que algo estaba mal.

Un día me llamó hacia un cuarto dentro del negocio.

Cuando entré... estaba desnudo.

Todavía recuerdo cómo el tiempo pareció detenerse.

Mi cuerpo se paralizó al verlo con una erección. No entendía qué estaba pasando. No entendía por qué un hombre adulto hacía algo así frente a un niño.

Solo sabía que quería salir corriendo.

Quería irme a mi casa.

Quería abrazar a mi mamá.

Quería que alguien me protegiera.

Pero en ese tiempo nadie hablaba de esas cosas. No había explicaciones. No había protección. Solo miedo.

Y aun así seguí trabajando.

Porque, aunque yo era un niño, sentía que mi familia dependía de mí.

Después de la llantera todavía me iba por las noches a vender hot dogs afuera de una tienda llamada El Chamizal. Mientras otros niños dormían tranquilos, yo aprendía a sobrevivir al hambre, al cansancio y al miedo.

Mi infancia se fue perdiendo entre el humo de la plancha, las calles oscuras y las monedas que llevaba a mi casa.

Pero uno de los recuerdos más fuertes de mi vida ocurrió dentro de mi propia familia.

Recuerdo una noche donde no había comida.

Nada.

Mi mamá reunió a todos mis hermanos y caminamos durante mucho tiempo hasta llegar a la casa de mi abuelo Ramón con la esperanza de que nos diera algo para comer.

Cuando llegamos, escuché a mi abuelo gritándole a mi mamá:

—Te juntaste con un bueno para nada... ni de comer les puede dar.

Todavía recuerdo la cara de mi mamá intentando mantenerse fuerte mientras nosotros la observábamos en silencio.

Mi abuelo estaba borracho.

El olor a alcohol llenaba toda la casa.

De pronto agarró gasolina y comenzó a rociar las camas mientras gritaba:

—¡Si no pueden con ellos, mejor los voy a quemar!

Nunca olvidaré ese instante.

Mis hermanos lloraban desesperados. Yo sentía que íbamos a morir quemados esa noche. Vi a mi mamá peleando con su propio padre, intentando quitarle la gasolina de las manos mientras él seguía gritando fuera de sí.

Fue una escena de terror.

Hasta que mi abuela llegó y logró detenerlo antes de que prendiera fuego.

Esa noche entendí algo que jamás volvería a olvidar:

mi mamá estaba peleando sola contra la pobreza, el hambre y sus propios demonios para mantenernos vivos.

Y creo que fue ahí... en medio del miedo, de la gasolina y de los gritos... donde nació algo dentro de mí.

Una necesidad desesperada de proteger a mis hermanos.

De sacar a mi familia adelante.

De convertirme en alguien que jamás permitiera volver a vivir algo así.

Aunque para lograrlo tuviera que destruirme primero.

## Capítulo 2 — Sobrevivir

Las noches en El Polvorín tenían sonido.

Todavía puedo escucharlas.

Los perros ladrando a lo lejos.

Los carros viejos brincando sobre las calles de tierra.

La música norteña saliendo de alguna casa donde alguien tomaba para olvidarse de su propia vida.

El zumbido de los moscos alrededor de nuestras caras mientras intentábamos dormir.

Y el llanto silencioso de mi mamá creyendo que nadie la escuchaba.

Así crecí yo.

Entre ruido, hambre y miedo.

Había días donde despertaba con el estómago tan vacío que sentía que algo me quemaba por dentro. Pero aun así tenía que levantarme, agarrar las flores artificiales y salir a vender.

El polvo de Mexicali se me pegaba en la cara desde temprano. El sol apenas comenzaba a salir y ya podía sentir el calor subiendo desde la tierra.

Recuerdo caminar viendo restaurantes abrir mientras el olor de la comida salía hasta la calle.

Huevos con frijoles.  
Tortillas recién hechas.  
Carne asándose.

Yo respiraba profundo como si el olor pudiera alimentar.

Pero seguía caminando.

Porque en mi casa había siete niños esperando que apareciera algo para comer.

Con el tiempo aprendí los horarios del supermercado Las Nenas. Sabía exactamente a qué hora los empleados sacaban la comida vieja y la aventaban a los basureros.

Esperaba escondido hasta que se fueran.

Todavía puedo sentir el olor de aquellos botes de basura enormes bajo el sol caliente de Mexicali. El olor a fruta podrida, leche echada a perder y comida fermentada era tan fuerte que daban ganas de vomitar.

Pero el hambre era más fuerte.

Así que me metía.

Con las manos buscaba entre bolsas negras intentando encontrar algo que todavía sirviera. A veces encontraba pan duro. A veces fruta golpeada. A veces verduras que todavía podían cocinarse.

Y había días peores...

Días donde alguien llegaba antes que yo.

Recuerdo quedarme parado viendo los botes vacíos sintiendo una desesperación tan grande que hasta me daban ganas de llorar. Porque no era solamente mi hambre.

Era pensar en mis hermanos.

Pensar que esa noche tal vez volveríamos a dormir sin comer.

Cerca de El Polvorín había drenajes enormes. Ahí crecían árboles de guamúchil. Mis hermanos y yo arrancábamos los guamúchiles y les quitábamos la cáscara para usarlos como carnada y atrapar cangrejos.

Todavía puedo ver a mi mamá agachada frente al fuego afuera de nuestra casa de cartón.

El humo de la leña subiendo hacia el cielo.  
Sus manos cansadas moviendo una olla vieja.  
El sonido de los cangrejos hirviendo mientras nosotros esperábamos alrededor con hambre.

Éramos siete hijos y ella sola tratando de inventar milagros con casi nada.

A veces yo también buscaba comida cerca de los basureros de la escuela.

Recuerdo la vergüenza.

Sentía que el corazón me latía rapidísimo cuando alguien me veía sacar comida de la basura. Quería esconderme. Quería desaparecer.

Pero luego pensaba en mis hermanos... y seguía buscando.

Aprendí muy pequeño que cuando tienes hambre, el orgullo deja de importar.

Y aun con todo eso... había momentos donde todavía podía sentirme niño.

Me gustaba ir a la escuela.

Aunque fuera descalzo.  
Aunque usara ropa usada.  
Aunque llegara cansado.

Me gustaba porque mi maestra era buena conmigo.  
Todavía recuerdo su voz suave hablándome diferente al resto del mundo.

A veces una sola persona amable puede salvarle el alma a un niño.

También recuerdo mirar al vecino de enfrente.

Ellos tenían carro.  
Tenían una casa de block.  
Tenían estabilidad.

Yo veía cómo llegaba su papá a casa y entendía, aunque todavía era muy pequeño, lo que significaba tener un padre proveedor.

Mi padre también me protegía muchas veces. Sobre todo de los golpes de mi mamá. Con los años entendí que

ambos estaban destruidos por la pobreza y por heridas que yo todavía no podía comprender.

Pero todo aquello comenzó a formar algo dentro de mí.

Una fuerza.

Una necesidad enorme de ayudar a mi familia, aunque solo fuera un niño.

Por eso seguía trabajando.

Por eso seguía vendiendo.

Por eso incluso llegué a robar dinero en la llantera.

Yo sabía exactamente dónde aquel hombre escondía el cambio del día.

Y aunque me sentía mal... dentro de mí pensaba:

“Él ya me quitó demasiado primero.”

Las noches eran otra batalla.

Dormíamos siete niños en dos camas tipo litera dentro de aquella casa de cartón. Afuera se escuchaban borrachos peleando, perros ladrando y el viento golpeando las láminas.

Y muchas veces, mientras intentábamos dormir, aparecían alacranes caminando entre nosotros.

Entonces comenzaban los gritos.

Todos salíamos corriendo descalzos hacia afuera muertos de miedo mientras mi mamá buscaba cómo matarlos.

Pero aun así encontrábamos maneras de ser felices.

Jugábamos a la tablita.

Al bebe leche.

A las escondidas.

Nos reíamos porque por unos minutos lográbamos olvidar el hambre.

Creo que eso es lo más increíble de los niños pobres.

Aprenden a crear felicidad en medio del infierno.

Hoy, mientras escribo esto desde una casa llena de comodidades, todavía me cuesta creer que aquella vida fue real.

A veces cierro los ojos y todavía veo al niño que fui.

Descalzo.

Flaco.

Asustado.

Pidiéndole ayuda a Dios en silencio.

Le reclamaba muchas veces.

Le preguntaba por qué me golpeaban tanto.

Por qué tenía que seguir viendo al hombre de la llantera.

Por qué mi familia sufría así.

Y al mismo tiempo, dentro de mí comenzaba a crecer una promesa.

Yo juraba que algún día iba a salir de ahí.

Que algún día iba a tener más.

Que algún día mis hijos jamás vivirían lo que yo estaba viviendo.

Pero todavía faltaba una noche que nunca olvidaría.

Los moscos nos estaban picando tanto que prendimos unos aerolitos para hacer humo y espantarlos. El humo llenaba la casa mientras intentábamos dormir sudando bajo el calor de Mexicali.

Después de un rato mi mamá me gritó:

—¡Ya tíralos porque se acabó el humo!

Yo estaba cansado. Frustrado. Enojado con la vida.

Salí y aventé uno hacia el techo sin pensar.

Horas después despertamos entre gritos.

El techo estaba en llamas.

Todavía puedo escuchar el sonido del fuego consumiendo el cartón y la madera. Mis hermanos llorando desesperados. Mi mamá gritando. Todos intentando apagar el incendio con agua de los tambos.

Terminamos empapados en plena madrugada.

Y aun así... después vinieron los golpes.

Mi mamá me golpeó con una manguera mientras el agua todavía escurría de mi cuerpo.

Yo ya ni lloraba.

Porque desde muy pequeño aprendí algo muy triste:

a veces el silencio duele menos que las lágrimas.

Y aunque mi infancia estuvo llena de hambre, miedo y violencia... también fue ahí, entre las calles de tierra de El Polvorín, donde nació la fuerza que más adelante me ayudaría a sobrevivir al resto de mi vida.

## Capítulo 3 — Cruzando la Frontera

Tenía doce años cuando mi vida cambió por completo.

La pobreza ya nos estaba ahogando demasiado. Éramos siete hermanos, mi padre batallando con el alcohol, sin trabajo estable, y mi mamá intentando hacer milagros todos los días para mantenernos vivos.

Ya no había manera de seguir así.

Entonces tomaron una decisión que en ese momento yo no entendía completamente:

mandarnos a Estados Unidos a mi hermano José y a mí.

Todo pasó muy rápido.

Recuerdo la tristeza de dejar a mis hermanos, a mis amigos, a mis padres y aquella casa de cartón que, aunque llena de dolor, seguía siendo mi hogar.

Todavía puedo sentir ese vacío en el pecho.

Uno nunca está listo para dejar a su familia siendo apenas un niño.

Mi tío Magdaleno, hermano de mi mamá, fue quien nos ayudó a cruzar. Para pasar la frontera utilicé los papeles de un hermano que había nacido en Estados Unidos.

Mi tío me entrenó para mentir.

Yo era un niño muy despierto y movido, así que me aprendí todo sobre mi hermano: fechas, nombres, datos, todo. Practicaba las respuestas en mi cabeza una y otra vez mientras nos acercábamos a la línea.

Recuerdo el ruido de los carros avanzando lentamente hacia la frontera.

Las voces de los agentes.

El sonido de los motores encendidos.

Y mi corazón latiendo tan fuerte que sentía que todos podían escucharlo.

Yo miraba por la ventana intentando actuar normal mientras por dentro me estaba muriendo de miedo.

Pero cruzamos.

Y desde el momento en que entré a Estados Unidos sentí que había llegado a otro planeta.

Recuerdo que la primera parada fue un restaurante, creo que un McDonald's. Todavía puedo escuchar a toda la gente hablando inglés alrededor mío.

Era increíble.

Yo miraba las hamburguesas, las luces, la limpieza, los anuncios, la gente sonriendo... y sentía que estaba viendo una película.

No entendía nada de lo que decían.

Pero entendía perfectamente que ese mundo era completamente diferente al mío.

Ya no había casas de cartón.

Ya no había calles llenas de tierra.

Ya no había pobreza extrema en cada esquina.

Después manejamos durante horas hasta llegar a Walnut, California.

Nunca voy a olvidar esa primera impresión.

Para mí aquellas casas parecían mansiones.

El pasto perfectamente cortado.  
Los árboles llenos de fruta.  
Las calles limpias.  
Los carros nuevos.  
Todo parecía imposible.

Cuando llegamos a casa de mi tía Gloria y mi tío Guillermo, mi hermano José y yo corrimos hacia el patio trasero.

Había árboles de durazno.

Nos comimos como cinco cada uno.

Todavía recuerdo el dolor de estómago que nos dio después de tanto comer. Pero creo que no era hambre solamente... era asombro. Era descubrir que existía abundancia.

Las primeras noches en esa casa fueron algo que nunca olvidaré.

Abría el refrigerador y estaba lleno de comida.

Lleno.

Todavía hoy me cuesta explicar lo que sentí la primera vez que entendí que podía abrir un refrigerador y comer cuando quisiera.

Tal vez para muchas personas eso es normal.

Para mí era un milagro.

Pero, aunque mi vida ahora tenía comodidades, por las noches lloraba.

Extrañaba a mi mamá.

Extrañaba a mi papá.

Extrañaba a mis hermanos.

Recuerdo acostarme en aquella cama grande y sentirme vacío. Durante el día todo parecía emocionante... pero en las noches el silencio me recordaba que estaba lejos de mi familia.

Fue muy difícil adaptarme.

Mi tío Guillermo y mi tía Gloria tenían un restaurante llamado Los Frijolitos. Ahí fue donde por primera vez vi de cerca lo que era un hombre trabajador y proveedor.

Mi tío despertaba todos los días alrededor de las cuatro de la mañana para preparar comida y trabajar hasta las nueve de la noche.

Yo observaba todo.

La disciplina.

La responsabilidad.

El sacrificio.

Y por primera vez entendí que existía otra manera de vivir.

Mi tío me dio mi primer trabajo como cajero. Yo era muy movido, muy despierto para mi edad, y aprendí rápido.

Aprendí a vender.  
Aprendí a hablar con la gente.  
Aprendí a sonreírle a los clientes para que regresaran contentos.

Sin darme cuenta, ahí comenzó a nacer el vendedor que años después cambiaría mi vida.

Pero más allá del trabajo, lo que más marcó mi corazón fue mi tía Gloria.

Ella era amorosa conmigo.

Todavía puedo escucharla decirme:

—Qué bonito estás, hijo... un día vas a ser grande... vas a ser vendedor.

Creo que ella veía algo dentro de mí antes de que yo pudiera verlo.

Sabía que era yo quien vendía las flores que ella llevaba a Mexicali. Y tal vez por eso me miraba diferente.

Por primera vez en mi vida sentía cariño verdadero.

Pero mi vida seguía cambiando constantemente.

Después de algunos problemas con uno de mis primos, decidieron mandarme a vivir con otro tío: mi tío Magdaleno, hermano de mi mamá.

Él también era muy trabajador. Junto con mi tía Carmen me recibieron en su casa. Ella era una mujer

extremadamente limpia y ordenada. No tenían hijos, así que me recibieron como parte de su hogar.

La casa era más pequeña y sencilla... pero para mí eso no importaba.

Yo seguía maravillado descubriendo la vida.

Sin embargo, con el tiempo empecé a darme cuenta de algo muy doloroso:

aunque había cruzado la frontera... muchos problemas seguían siendo los mismos.

Mi tío Magdaleno también tomaba mucho y apostaba. Recuerdo escuchar por las noches cómo le pedía dinero a mi tía Carmen para seguir tomando y apostando.

Y aunque Estados Unidos parecía perfecto por fuera... poco a poco entendí que el dolor también vivía en las familias de ese lado.

Tiempo después terminé viviendo con otra tía, prima de mi mamá: Clementina.

Mi querida tía Clemen.

Ella era una mujer increíblemente amorosa y hogareña. Tenía tres hijas: Lupe, Claudia y Andrea.

Con ella sentí nuevamente calor de hogar.

Pero también ahí conocí otro tipo de dolor.

Mi tío Regis usaba heroína.

Recuerdo verlo encerrarse en el baño y quedarse dormido ahí después de drogarse. Yo apenas era un niño intentando entender por qué los adultos sufrían tanto.

Y, aun así, mi tío también tenía cosas buenas conmigo.

Me llevaba a trabajar empaquetando cervezas y sodas en las tiendas para venderlas. Ahí aprendí todavía más sobre trabajo, dinero y supervivencia.

Y fue entonces cuando empecé a entender algo muy profundo sobre las personas.

Comprendí que alguien podía ser bueno y estar roto al mismo tiempo.

Mi padre era bueno conmigo.

Mis tíos también.

Incluso hombres llenos de vicios todavía tenían amor dentro.

Y poco a poco también empecé a comprender a mi mamá.

Entendí que su dureza venía del sufrimiento.

Que los golpes no nacían solamente de ella... sino del dolor que había cargado toda su vida.

Entonces comencé a analizar qué clase de hombre quería ser yo.

Porque crecí sin abrazos.  
Sin besos.  
Sin palabras de cariño.

Yo aprendí que el amor era trabajar.

Aprendí que amar era llevar comida a casa.  
Era sacrificarse.  
Era proteger.

Y desde muy joven pensé:

“Tal vez yo nunca sabré demostrar amor con palabras... pero voy a demostrarlo trabajando para las personas que amo.”

Esa idea se quedó conmigo para siempre.

Con el tiempo mi tío Guillermo volvió a buscarnos a mi hermano José y a mí para que manejáramos su restaurante.

Pero algo dentro de mí ya había cambiado.

Yo no quería pasar toda mi vida trabajando para alguien más.

Quería más.

Mucho más.

Y aunque todavía no sabía cómo lograrlo... dentro de mí comenzaba a nacer una ambición que jamás volvería a apagarse.

## Capítulo 4 — Los Frijolitos y Hollywood

“En Los Frijolitos aprendí que el trabajo podía darle dignidad a un hombre.”

Después de todo lo que había vivido en Mexicali y de pasar por tantas casas, familias y formas de vida distintas en Estados Unidos, comencé a entender algo:

el trabajo podía cambiarle la vida a una familia... pero también podía destruirla.

Yo veía a mi tío Guillermo despertar todos los días alrededor de las cuatro de la mañana. Afuera todavía estaba oscuro cuando él encendía las luces de la cocina del restaurante.

Todavía puedo escuchar aquellos sonidos.

El aceite calentándose.

Los cuchillos golpeando las tablas.

El sonido de las tortillas sobre la plancha.

Las cafeteras trabajando desde temprano.

El olor a frijoles, chile y carne llenando el restaurante mientras el sol apenas comenzaba a salir.

Y mientras otros dormían... mi tío ya llevaba horas trabajando.

Los Frijolitos estaba rodeado de fábricas y llegaban muchísimos trailers desde muy temprano. Hombres

cansados. Algunos enojados. Otros callados. Muchos tristes. Algunos desesperados.

Sin saberlo, ellos también se convirtieron en maestros para mí.

Porque mientras trabajaba atendiendo mesas y cobrando en la caja, aprendí a leer a las personas.

Aprendí cuándo alguien quería hablar.

Cuándo alguien quería silencio.

Cuándo una sonrisa podía cambiarle el día a un cliente.

Y ahí entendí algo muy importante:

vender no era solamente ofrecer algo... era entender a las personas.

Cuando vendía flores siendo niño en Mexicali era diferente. Nadie necesitaba flores en medio de la pobreza extrema. Las personas me compraban porque les daba lástima verme tan pequeño vendiendo bajo el sol.

Pero en el restaurante era distinto.

Aquí vendíamos una necesidad real: comida.

La gente llegaba con hambre. Y mientras más observaba el negocio, más entendía cómo funcionaba el mundo.

Aprendí sobre ubicaciones.

Sobre clientes.

Sobre necesidades.

Sobre dinero moviéndose todo el día.

Los Frijolitos estaba exactamente donde tenía que estar: rodeado de cientos de fábricas llenas de trabajadores hambrientos.

Sin darme cuenta, comenzaba a pensar como empresario.

Pero mientras aprendía todo eso... también veía algo que me marcó profundamente.

Mi tío trabajaba demasiado.

Despertaba de madrugada y regresaba agotado por las noches. Sus manos, su cara y su cuerpo reflejaban cansancio todos los días.

Y aunque admiraba muchísimo su esfuerzo, dentro de mí comencé a entender algo:

yo no quería pasar toda mi vida sobreviviendo físicamente de esa manera.

No quería trabajar solamente para sobrevivir.

Quería aprender cómo crecer.

Y justo en esos años comenzó a despertar algo nuevo dentro de mí: la curiosidad por el internet, la tecnología y el conocimiento.

Así que a los diecisiete años tomé una decisión que cambiaría mi vida.

Decidí irme a estudiar a Managua, Nicaragua.

Muchos podrían preguntarse:

“¿Por qué Nicaragua y no Estados Unidos?”

La respuesta era sencilla: dinero.

Era muchísimo más barato estudiar allá y varios amigos nicaragüenses de Los Ángeles tenían el mismo plan de entrar al Don Bosco.

Pero había un problema...

Yo no tenía papeles ni de Estados Unidos ni de Nicaragua.

Así que nuevamente tuve que usar documentos de otra persona para poder entrar al país. Honestamente ya ni recuerdo el nombre que usé... pero recuerdo perfectamente el miedo.

Otra vez estaba cruzando fronteras fingiendo ser alguien más.

Y aunque eso suene increíble, para mí ya comenzaba a sentirse normal vivir entre identidades prestadas.

Cuando llegué a Managua sentí nuevamente esa sensación de aventura que había sentido al llegar a Estados Unidos.

Todo era diferente.

El calor.

Las calles.

La gente.

La forma de hablar.

Los mercados llenos de ruido y movimiento.

Recuerdo escuchar buses viejos rechinando por las calles, vendedores gritando desde las esquinas y música sonando en todas partes mientras intentaba adaptarme a una nueva vida.

Por primera vez estaba completamente solo.

Pero algo dentro de mí había cambiado.

Ya no era el niño perdido de El Polvorín.

Ahora era un joven que quería crecer.

Estudí mecanografía y mercadotecnia en el Don Bosco. Mis tíos y a veces mis padres me mandaban dinero cada mes para ayudarme a sobrevivir.

Duré casi dos años en Nicaragua.

Dos años donde aprendí muchísimo más que solamente estudiar.

Aprendí disciplina.

Aprendí independencia.

Aprendí que podía sobrevivir solo en cualquier lugar.

Y cuando finalmente me gradué, regresé nuevamente a Estados Unidos usando la misma estrategia de los papeles de mi hermano.

Tenía diecinueve años.

Y por primera vez en mi vida sentía que ya era un hombre capaz de mantenerse solo.

Pero lo que no sabía... era que mi vida estaba a punto de dar un giro completamente inesperado.

Al regresar, lo primero que quería era conseguir trabajo.

Entonces mi tío Magdaleno me ayudó a entrar a una empresa llamada Aul Pipe Tubing and Steel, dedicada a vender metal.

Nunca imaginé que aceptar ese trabajo cambiaría mi destino para siempre.

Mi trabajo era ayudar a cargar y repartir material. Recuerdo perfectamente mi primer día. Tardamos casi dos horas cargando el camión y luego otras dos horas manejando entre el tráfico interminable de Los Ángeles.

Mi tío fumaba muchísimo.

Todavía puedo recordar el humo del cigarro llenando la cabina mientras avanzábamos lentamente por las autopistas.

Yo solo quería llegar.

Porque aquel día íbamos a entregar material a un lugar del que todo el mundo hablaba...

Paramount Pictures.

El lugar donde hacían películas de Hollywood.

Cuando finalmente llegamos sentí algo imposible de explicar.

Entramos a unos almacenes enormes donde construían escenarios para películas. El metal que llevábamos sería usado para crear sets de filmación.

Y mientras mi tío trabajaba... yo no podía dejar de mirar alrededor.

Luces gigantes.

Escenarios enormes.

Personas corriendo de un lado a otro.

Cámaras.

Construcciones falsas que parecían ciudades reales.

Era como entrar dentro de otro universo.

Yo caminaba escondiéndome entre los escenarios intentando descubrir cómo hacían las películas.

Quería verlo todo.

Y así seguimos yendo durante casi dos semanas.

Pero había un problema...

Cada vez que llegábamos a Paramount yo desaparecía.

Me perdía explorando los estudios mientras mi tío hacía las entregas.

Hasta que un día se cansó.

Y me corrió.

Pero, aunque perdí aquel trabajo... algo ya había despertado dentro de mí.

Porque mientras caminaba entre aquellos estudios gigantes entendí algo que jamás olvidaría:

yo no quería solamente trabajar en Hollywood...

quería ser parte de ese mundo.

## Capítulo 5 — El Sueño Imposible

A veces todavía me cuesta creer mi propia historia.

De verdad.

Hay noches donde me quedo sentado en silencio recordando al niño descalzo de El Polvorín... y me pregunto cómo terminó aquí.

Cómo un niño que buscaba comida en la basura...  
que dormía entre alacranes...  
que lloraba en silencio después de los golpes...  
terminó produciendo películas.

Y no cualquier películas.

Mientras escribo este libro, hoy jueves 21 de mayo de 2026, acabo de firmar una de las películas más importantes de mi vida:

la historia del cantante Tony Aguirre.

Y quise escribir esta parte aquí porque quiero que celebren conmigo.

Porque esto no es solamente cine.

Esto es la prueba de que los sueños más imposibles pueden nacer en los lugares más rotos.

Hasta hoy, esta se convirtió en mi quinta película producida y dirigida.

La primera fue Mi Gallo.

Una película que reventó los cines.

Todavía recuerdo el día que vi mi película competir en cartelera contra las producciones más fuertes de México. Yo me quedaba viendo los pósters y por dentro solo pensaba:

“No puede ser... ¿cómo llegué aquí?”

Después vino 6 Hours Away.

Y lo más increíble fue verla llegar a lugares que de niño ni siquiera sabía que existían.

India.

Japón.

Alemania.

Turquía.

Estados Unidos.

A veces pienso en aquel niño del Polvorín mirando los aviones pasar en el cielo... sin imaginar que algún día algo creado por él viajaría por el mundo entero.

Pero una de las historias más increíbles de mi vida llegó con una película que parecía imposible.

Corazón de Campeón: Chávez vs Páez.

Una película que reunió a dos leyendas del boxeo mexicano:

Julio César Chávez y Jorge El Maromero Páez.

Y lo más impactante de todo... es la forma en que la vida conectó esa historia con mi infancia.

Porque cuando yo era niño en El Polvorín, cerca de nuestra colonia se ponía un circo.

El Circo Olvera.

El circo de la familia de Olvera.

Todavía recuerdo las luces del circo alumbrando la noche entre las calles de tierra. La música sonando desde lejos. Los niños corriendo emocionados. Y a nosotros, pobres, mirando todo como si fuera otro mundo.

Pero hubo algo que jamás olvidé.

Jorge El Maromero Páez, ya siendo campeón mundial, iba personalmente a llevarnos cobijas y juguetes a las familias pobres de la colonia durante Navidad.

A mí personalmente me regalaba juguetes.

Todavía recuerdo aquellas noches de frío donde llegar una cobija nueva parecía un milagro.

Y no solamente eso.

Muchas veces nos dejaban entrar gratis al circo.

Imagínense eso.

Un niño pobre, sentado bajo las luces de un circo, viendo a una leyenda del boxeo sin imaginar que décadas después haría una película con él.

¿Cómo se conecta algo así?

La vida es increíble.

Años después, cuando regresé a Mexicali tras el éxito de mis primeras películas, yo quería hacer algo diferente.

Quería hacer una película de boxeo.

Algo inspirado en esas películas que me hacían sentir hambre de luchar, como Rocky.

Recordaba cómo entrenaba el Maromero Páez. Su energía. Su locura. Su carisma. Y pensé:

“Quiero contar una historia así.”

Y entonces pasó algo que todavía parece inventado.

Un día mi socio y gran amigo Omar me llamó y me dijo:

—¿Qué crees? Estoy con el hijo del Maromero Páez.

Me quedé congelado.

—¿Qué?... No puede ser... quiero conocerlo.

Al día siguiente llegó a mi oficina Airam Páez.

Y quiero detenerme aquí para decir algo muy importante:

si hoy esa película existe, es gracias a la conexión y confianza de Airam Páez y de mi socio Omar, personas a las que siempre voy a estar profundamente agradecido.

Porque fue gracias a ellos que logramos contactar al gran campeón Jorge El Maromero Páez.

Pero lo más increíble apenas venía.

Porque mientras yo estaba hablando por teléfono con el Maromero... sonó mi celular.

Era “El Camarón”, actor de mi primera película, Mi Gallo.

Y me dijo:

—¿Qué crees? Estoy con Julio César Chávez.

Me quedé en silencio.

No podía creerlo.

Porque todo el mundo sabía la rivalidad histórica entre Chávez y el Maromero Páez.

Y ahí estaba yo...

Un niño salido de una casa de cartón...

hablando al mismo tiempo con las dos leyendas más grandes del boxeo mexicano.

A veces la vida escribe historias mejores que cualquier película.

Y el resto... tienen que verlo en el cine.

Porque todavía hoy me cuesta entender cómo pasó todo esto.

Cómo aquel niño que dormía con hambre terminó sentado creando películas con personas que antes veía desde lejos.

Cómo aquel niño que pedía ayuda a Dios en silencio terminó construyendo sueños para millones de personas.

Y lo más importante que aprendí de todo esto es algo que quiero decirle a cualquiera que esté leyendo este libro mientras atraviesa dolor, pobreza, ansiedad o desesperación:

no subestimen su sufrimiento.

A veces el dolor no llega para destruirte.

A veces llega para construir la fuerza que necesitarás después.

Yo crecí pensando que estaba roto.

Pero hoy entiendo que cada golpe... cada lágrima... cada noche de hambre... cada rechazo... estaba formando al hombre que algún día sería capaz de crear cosas imposibles.

Porque los sueños no nacen en la comodidad.

Los sueños más grandes nacen cuando alguien mira su propia miseria y decide que su historia no va a terminar ahí.

Y si algo puedo decirles hoy, después de todo lo vivido, es esto:

no importa qué tan oscuro se vea tu presente... nunca sabes qué tan cerca estás del capítulo que puede cambiar toda tu vida.

## Capítulo 6 — El Precio de Creer en Ti

Hay algo que quiero decirle a cualquier persona que esté leyendo este libro mientras siente que su vida no tiene rumbo:

no escuchen a la gente que vive matando sueños.

Porque el mundo está lleno de personas que jamás hicieron nada grande... pero siempre tienen una opinión sobre por qué tú tampoco puedes hacerlo.

Y si algo aprendí en mi vida, es que para lograr algo diferente... tienes que comenzar a pensar diferente.

Muchas personas me preguntan:

—¿Cómo lograste salir adelante?

Y la respuesta no es sencilla.

No fue suerte.

No fue magia.

No fue un golpe de fortuna.

Fue cansarme de fracasar... y aun así volver a intentarlo.

Porque antes de que llegara un negocio exitoso... me equivoqué muchísimas veces.

Me tomó alrededor de siete negocios para que uno realmente funcionara.

Siete.

Y cada fracaso dolía.

Recuerdo noches manejando solo por las calles de Los Ángeles preguntándome si realmente algún día iba a lograr algo grande. Veía las luces de la ciudad reflejándose en el parabrisas mientras mi mente no dejaba de pensar:

“¿Y si todos tienen razón?”

“¿Y si nunca lo logro?”

“¿Y si nací para quedarme abajo?”

Pero había algo dentro de mí que nunca me dejó rendirme.

Tal vez era el niño del Polvorín.

Tal vez era el hambre.

Tal vez eran los golpes.

Tal vez era el miedo de volver a ser pobre.

Pero seguí adelante.

Y poco a poco entendí algo muy importante:

la mayoría de las personas quieren resultados grandes...  
con mentalidad pequeña.

La gente dice:

“Quiero invertir.”

“Quiero crecer.”

“Quiero cambiar mi vida.”

Pero casi nadie se prepara mentalmente para soportar el  
proceso.

Porque crecer duele.

Invertir da miedo.

Arriesgarte te roba el sueño.

Recuerdo perfectamente el día que tuve que decidir qué  
hacer con treinta mil dólares.

Para muchas personas eso era dinero para carros, fiestas,  
ropa o lujos.

Para mí era una oportunidad.

Y también un riesgo enorme.

Podía gastarlo como muchos lo hacían... o podía  
invertirlo sin saber si iba a funcionar.

Y decidí arriesgarme.

Porque entendí algo que cambió mi vida:

si siempre haces lo que todos hacen... terminarás  
viviendo como todos viven.

Así que empecé a estudiar.

Tomé cursos.

Busqué mentores.

Aprendí sobre negocios e inversiones.

Y quiero decir algo muy importante:

no tengan miedo de aprender.

A veces la gente cree que invertir es solamente poner  
dinero... pero la verdadera inversión comienza en la  
mente.

Tienes que aprender a pensar diferente.

Y cuando empiezas a pensar diferente... mucha gente te  
va a llamar loco.

Te van a decir:

—No se puede.

—Es muy difícil.

—No arriesgues.

—Quédate tranquilo.

Porque las personas normales le tienen miedo a todo lo  
que rompe la rutina.

Por eso también tuve que alejarme de ciertas cosas.

Menos fiestas.  
Menos alcohol.  
Menos personas negativas.  
Menos distracciones.

No dejé a mis verdaderos amigos... pero sí entendí que no podía construir una vida extraordinaria viviendo como alguien ordinario.

Y aunque mucha gente hoy ve resultados... lo que no ven son las veces que me caí.

Las veces que perdí dinero.  
Las veces que me equivoqué.  
Las noches sin dormir.  
La presión.  
El miedo.

Pero cada fracaso me estaba enseñando algo.

Porque fracasar no significa perder.

Fracasar significa pagar el precio de aprender.

Y un día, todo comenzó a cambiar.

El crecimiento de mis negocios fue tan grande que llegó un momento donde los hospitales locales ya no podían aceptar a todos mis pacientes.

Recuerdo perfectamente ese momento.

Mi teléfono no dejaba de sonar.  
Las agendas llenas.  
Las personas esperando espacios.

Y los hospitales simplemente ya no tenían capacidad.

Entonces tuve que tomar otra decisión que me aterraba.

Recuerdo sentarme solo pensando:

“¿Uso mis ganancias para disfrutar la vida... o vuelvo a invertir?”

Y esa decisión cambió todo.

Porque entendí algo que muchos empresarios nunca comprenden:

el dinero puede darte comodidad... o puede darte crecimiento.

Y yo elegí crecer.

Así nació la idea de construir mi propio hospital.

Tenía miedo.

Muchísimo miedo.

Pero dentro de mí recordé algo que había visto desde niño.

Recordé a mi tío Guillermo expandiendo Los Frijolitos porque el restaurante pequeño ya no era suficiente.

Uno.

Luego dos.

Luego tres.

Y entendí que el crecimiento exige incomodidad.

Así que invertí nuevamente.

Y el negocio creció tanto... que terminé creando mi propia competencia.

Abrí más hospitales.

Más negocios.

Más proyectos.

Y entonces apareció otra pregunta en mi mente:

“¿Qué sigue ahora?”

Fue ahí donde regresó Hollywood a mi cabeza.

Entendí que las películas generan regalías cada poco mes... prácticamente para toda la vida.

Pero también entendí algo más:

para hacer cine... necesitaba música.

Y después de pagar muchísimo dinero por producción musical y tiempos de estudio, decidí abrir mi propio estudio de música junto con uno de mis socios.

Otra vez lo mismo.

Otro riesgo.

Otra inversión.

Otra apuesta.

Pero así funciona el crecimiento.

Una decisión lleva a otra.

Y poco a poco entendí una de las lecciones más importantes de mi vida:

el dinero nunca fue realmente mío.

El dinero era de la empresa.

Y mientras más aprendí a reinvertir... más creció todo.

Hoy entiendo que todo mi pasado construyó las decisiones que tomé de adulto.

Porque yo sí me hacía preguntas difíciles.

“¿Quiero vivir como viví de niño?”

No.

“¿Quiero perderme en el alcohol o las drogas como muchos adultos que vi crecer?”

No.

“¿Quiero quedarme atrapado sobreviviendo toda mi vida?”

No.

Y cada decisión me fue alejando poco a poco del destino que parecía escrito para mí.

Desde quedarme explorando Paramount Pictures...

hasta decirle no a una vida cómoda trabajando en un restaurante...

todo fue formando el hombre que soy hoy.

Y quizás una de las cosas más bonitas de toda esta historia... es que al final pude recuperar a mi familia.

Porque hoy, después de tantos años, volvimos a ser una familia unida.

Vivimos en el mismo rancho.

Y hay mañanas que todavía parecen un sueño.

Tengo 48 años... y todavía me emociona despertarme temprano para ir por mi primer café con mi mamá y mi papá.

No tiene precio.

Ver a mi papá, a sus 73 años, dándole comida a los caballos a las seis de la mañana mientras el sol apenas comienza a salir.

Escuchar los pájaros.

Sentir el aire frío de la mañana.

Ver a mi mamá, a sus 71 años, haciendo sus labores de casa llena de energía.

Y a veces me quedo mirándolos en silencio.

Porque después de todo lo vivido...

después del hambre, los golpes, la pobreza y el dolor...

la vida me regaló algo que pensé que nunca tendría:

paz.

Y si este libro logra llegar al corazón de alguien que hoy se siente perdido... quiero que recuerden esto:

tu pasado no decide quién vas a ser.

Tus decisiones sí.

Y aunque ahora mismo tu vida parezca rota... nunca sabes cuánto puede cambiar todo si decides seguir luchando un día más.

## **Capítulo 7 — El Regreso al Niño del Polvorín**

Durante muchos años pensé que mi vida había sido una maldición.

De verdad lo pensé.

Porque cuando eres un niño y ves hambre, golpes, miedo, alcoholismo, drogas, pobreza extrema y dolor todos los días... llegas a creer que naciste destinado a sufrir.

Yo veía a otros niños vivir tranquilos mientras nosotros luchábamos simplemente por comer.

Y durante mucho tiempo le reclamé a Dios.

Le preguntaba por qué.

Por qué nosotros.

Por qué tanta pobreza.

Por qué tanto dolor.

Por qué crecer con miedo.

Pero hoy... después de todo lo vivido... creo que entiendo algo que antes no podía ver.

Tal vez la vida no me estaba destruyendo.

Tal vez me estaba preparando.

Porque todo lo que hoy soy... nació exactamente en los momentos que más odié vivir.

Nació en las calles de tierra de El Polvorín.

Nació vendiendo flores con frío en las mañanas.

Nació lavando llantas siendo apenas un niño.

Nació viendo a mi mamá luchar contra la desesperación.

Nació viendo a mi padre intentar protegernos aun perdido en sus propios demonios.

Todo eso me formó.

Aunque por muchos años no pude entenderlo.

Hay algo muy extraño sobre el éxito.

La gente piensa que cuando llegas “arriba”  
automáticamente desaparecen las heridas.

Pero no funciona así.

El dinero ayuda.  
El éxito ayuda.  
Los logros ayudan.

Pero los recuerdos siguen vivos.

Todavía hay noches donde cierro los ojos y puedo  
escuchar perfectamente los sonidos de El Polvorín.

Los perros ladrando de madrugada.  
Las láminas moviéndose con el viento.  
Los moscos zumbando alrededor mientras intentábamos  
dormir.  
Los camiones pasando levantando tierra.  
Las discusiones de vecinos.  
Las sirenas lejanas.

Todavía puedo sentir el frío de aquellos baños con agua  
helada dentro de los tambos metálicos.

Todavía puedo recordar el hambre.

Y aunque hoy mi vida es completamente diferente...  
jamás he querido olvidar de dónde vine.

Porque olvidar el dolor también es olvidar la fuerza que  
te creó.

Hubo un momento muy importante en mi vida donde  
entendí que el verdadero éxito no era el dinero.

No eran las películas.  
No eran los negocios.  
No eran los hospitales.  
No eran los carros ni los viajes.

El verdadero éxito era algo mucho más simple.

Paz.

Eso era lo que realmente había buscado toda mi vida sin  
darme cuenta.

Y la vida, después de tantos años, me regaló algo que  
pensé que jamás tendría:

volver a ser una familia.

Hoy vivo cerca de mis padres.

Y hay mañanas que todavía me parecen imposibles.

Despierto temprano, alrededor de las seis de la mañana,  
y salgo por mi primer café mientras el rancho apenas  
comienza a despertar.

El aire frío de la mañana.  
Los caballos moviéndose lentamente.  
Los árboles sonando con el viento.  
El cielo comenzando a iluminarse.

Y ahí está mi papá.

A sus 73 años.

Todavía trabajando.  
Todavía activo.  
Dándole comida a los caballos como si el tiempo nunca  
hubiera pasado.

Y más allá está mi mamá.

A sus 71 años.

Haciendo sus labores de casa. Moviéndose de un lado a  
otro con esa fuerza que siempre tuvo, aunque la vida le  
haya pegado tan duro.

Y a veces me quedo mirándolos en silencio.

Porque si alguien me hubiera dicho cuando era niño que  
algún día iba a vivir momentos así... jamás lo habría  
creído.

Durante muchos años pensé que nunca podría perdonar  
ciertas cosas.

Los golpes.  
Las palabras.  
El miedo.

Pero crecer también me enseñó algo muy importante:

los adultos también estaban sobreviviendo.

Mi mamá no era solamente una mujer dura.

Era una mujer destruida por la pobreza, el abandono emocional y la desesperación de intentar alimentar siete hijos sin tener nada.

Mi padre no era solamente un hombre con problemas de alcohol.

Era un hombre frustrado por no poder darle a su familia la vida que soñaba.

Y entender eso cambió mi corazón.

Porque dejé de mirar mi infancia solamente desde el dolor... y comencé a verla desde la compasión.

Eso me dio paz.

Y creo que una de las cosas más bonitas que me regaló la vida fue poder recibir finalmente algo que de niño siempre necesité:

el cariño de mis padres.

Hoy mi mamá me abraza.

Me da su bendición.

Y aunque para muchos eso pueda parecer algo pequeño... para mí vale más que cualquier negocio o película.

Porque ese niño del Polvorín pasó años enteros sintiéndose invisible.

Y hoy finalmente se siente amado.

A veces me preguntan qué consejo le daría a alguien que hoy está pasando por momentos difíciles.

Y siempre digo lo mismo:

no permitan que su dolor decida quiénes van a ser.

Porque sí... el sufrimiento puede destruirte.

Pero también puede convertirte en alguien extraordinariamente fuerte.

Todo depende de qué hagas con él.

Yo pude haber repetido muchos patrones que vi crecer.

Pude perderme en el alcohol.

Pude caer en drogas.

Pude rendirme.

Pude aceptar que había nacido pobre y que así moriría.

Pero dentro de mí siempre existió algo que no me dejaba conformarme.

Tal vez era esperanza.

Tal vez era ambición.

O tal vez era simplemente el niño que un día prometió que sacaría a su familia adelante.

Y aunque muchas veces tuve miedo... seguí avanzando.

Eso es algo que quiero que entiendan las personas que lean este libro:

los sueños grandes casi siempre nacen en lugares difíciles.

Porque la comodidad rara vez crea personas hambrientas de crecer.

El dolor sí.

Hoy puedo mirar hacia atrás y entender que incluso mis peores momentos tenían propósito.

Cada rechazo me preparó.

Cada fracaso me enseñó.

Cada caída me hizo más fuerte.

Hasta quedarme perdido en Paramount Pictures tuvo sentido.

Porque aquel niño curioso que se escapaba para ver cómo hacían películas... terminó años después creando las suyas.

Y quizás esa es la lección más importante de toda mi historia:

nunca sabes qué momento pequeño puede cambiar completamente tu destino.

Tal vez hoy tu vida se siente rota.

Tal vez sientes que nadie cree en ti.

Tal vez estás cansado.

Tal vez tienes miedo.

Tal vez sientes que ya no puedes más.

Pero quiero que recuerdes algo:

tu historia todavía no termina.

Porque si un niño que creció en una casa de cartón en El Polvorín pudo llegar a producir películas, construir negocios y recuperar a su familia...

entonces tú también eres capaz de cambiar tu destino.

Y si algo aprendí después de toda una vida luchando... es esto:

a veces el ser humano más fuerte... es el que decidió no rendirse cuando tenía todas las razones para hacerlo.

## Capítulo 8 — El Hombre Que Soñó Más Grande Que Su Miedo

Hay algo que nadie te dice cuando empiezas a lograr cosas grandes.

El éxito no elimina el miedo.

Simplemente te enseña a caminar con él.

Todavía hoy, después de películas, negocios, hospitales y proyectos que jamás imaginé construir, sigo sintiendo miedo cada vez que comienzo algo nuevo.

La diferencia es que ahora ya no dejo que el miedo tome las decisiones por mí.

Porque entendí algo muy importante:

la mayoría de las personas no fracasan porque no tengan talento... fracasan porque se rinden antes de descubrir de lo que realmente son capaces.

Y si algo aprendí desde niño en El Polvorín, fue a resistir.

Resistir hambre.

Resistir frío.

Resistir dolor.

Resistir rechazo.

Resistir miedo.

Sin darme cuenta, la vida me estaba entrenando para soportar la presión que años después llegaría con los negocios, las películas y la responsabilidad de dirigir vidas, proyectos y sueños.

Porque mientras más creces... más pesada se vuelve la responsabilidad.

Recuerdo perfectamente cuando entendí que ya no estaba construyendo solamente para mí.

Ya había familias dependiendo de mis empresas.

Empleados.

Actores.

Artistas.

Pacientes.

Socios.

Y hubo noches donde la presión era tan grande que me quedaba despierto viendo el techo preguntándome:

“¿Y si un día todo se cae?”

“¿Y si fracaso?”

“¿Y si decepciono a todos?”

Porque el niño pobre nunca desaparece completamente.

Aunque logres cosas grandes... dentro de ti todavía vive ese niño que alguna vez tuvo miedo de no comer al día siguiente.

Pero también entendí algo hermoso:

ese mismo niño fue el que nunca me permitió conformarme.

Porque mientras muchas personas trabajan solamente para pagar cuentas... yo trabajaba para cambiar generaciones.

Yo no quería solamente dinero.

Quería libertad.

Quería construir algo que sobreviviera después de mí.

Y creo que por eso terminé enamorándome tanto del cine.

Porque las películas tienen algo mágico.

Pueden inspirar a alguien que está a punto de rendirse.

Pueden darle esperanza a una persona rota.

Pueden cambiar la forma de pensar de alguien que nunca creyó en sí mismo.

Y quizás por eso mi historia terminó conectando tanto con el cine.

Porque toda mi vida fue una película antes de convertirme en productor.

A veces me río pensando en lo imposible que suena todo.

Un niño que vendía flores en calles de tierra...

terminó caminando entre cámaras, actores y estudios de cine.

Pero lo más increíble no fueron los logros.

Lo más increíble fue descubrir quién realmente era yo.

Porque durante muchos años pensé que solamente servía para trabajar y aguantar.

Eso fue lo que aprendí de niño.

Pero con el tiempo descubrí que también podía liderar.

Crear.

Inspirar.

Construir.

Y quiero decir algo muy importante para quien esté leyendo esto:

muchas veces la gente más poderosa... es la que creció sintiéndose menos que todos.

Porque aprende a luchar desde temprano.

Aprende a sobrevivir.

Aprende a levantarse rápido.

Y aunque la vida la golpee una y otra vez... sigue avanzando.

Eso fue exactamente lo que hice yo.

Seguir avanzando.

Incluso cuando nadie entendía mis ideas.

Incluso cuando me llamaban loco.

Porque sí... muchas veces me dijeron que estaba loco.

Loco por arriesgar dinero.

Loco por hacer negocios diferentes.

Loco por abrir más empresas.

Loco por entrar al cine.

Loco por pensar en grande.

Pero aprendí algo:

las personas que cambian su vida casi siempre parecen locas antes de lograrlo.

Y si hoy pudiera sentarme frente al niño que fui... ese niño lleno de miedo escondido en una casa de cartón... le diría algo muy simple:

“Todo va a valer la pena.”

Le diría que un día volverá a abrazar a su mamá en paz.

Que un día verá a su padre tranquilo alimentando caballos mientras amanece.

Que un día viajará por el mundo.

Que un día hará películas.

Que un día ayudará a muchísimas personas.

Y sobre todo...

que un día dejará de sentirse solo.

Porque creo que esa fue la herida más profunda de toda mi infancia.

La soledad emocional.

Sentir que tenía que ser fuerte todo el tiempo.

Sentir que no podía quebrarme.

Pero hoy entendí que la verdadera fuerza no está en fingir que nada duele.

La verdadera fuerza está en seguir adelante aun cuando sí duele.

Y quizás esa es la razón por la que decidí escribir este libro.

No para presumir logros.

No para hablar de dinero.

No para demostrar éxito.

Lo escribí porque sé que allá afuera hay alguien viviendo algo parecido a lo que yo viví.

Alguien que hoy se siente roto.  
Perdido.  
Sin oportunidades.  
Sin esperanza.

Y quiero que esa persona entienda algo:

tu origen no define tu destino.

Puedes venir del lugar más pobre.  
Puedes haber sufrido muchísimo.  
Puedes sentir que nadie cree en ti.

Y aun así... puedes construir algo extraordinario.

Porque al final, el verdadero cambio comienza cuando decides dejar de sobrevivir...

y empiezas a creer en la posibilidad de convertirte en alguien más grande que tu pasado.

## **Capítulo 9 — El Legado del Niño del Polvorín**

Pasé gran parte de mi vida intentando escapar de mi pasado.

Durante muchos años sentí vergüenza de contar de dónde venía.

Vergüenza de la pobreza.  
Vergüenza de la casa de cartón.  
Vergüenza de los golpes.  
Vergüenza de no haber tenido una infancia normal.

Porque cuando creces viendo cómo otros niños viven tranquilos mientras tú sobrevives... aprendes a esconder el dolor.

Y durante mucho tiempo pensé que el éxito iba a borrar todo eso.

Pensé que el dinero iba a curarme.  
Pensé que las películas iban a llenarme.  
Pensé que los negocios iban a darme paz.

Pero un día entendí algo muy fuerte:

el verdadero éxito no es escapar de tu pasado...

es aprender a abrazarlo sin vergüenza.

Porque todo lo que hoy soy nació exactamente ahí.

En El Polvorín.

En aquellas calles llenas de tierra donde corríamos descalzos mientras el sol quebraba la tierra seca y el viento levantaba bolsas y polvo por todas partes.

Todavía puedo escuchar los sonidos de aquellas noches.

Los perros ladrando a lo lejos.  
La música de algún vecino sonando vieja y

distorsionada.

Las discusiones entre familias.

Los carros pasando lentamente entre calles oscuras.

Los moscos zumbando alrededor mientras intentábamos dormir.

Y hoy, después de tantos años, entiendo algo que jamás imaginé decir:

agradezco haber vivido todo eso.

Porque el dolor me enseñó cosas que la comodidad jamás habría podido enseñarme.

Me enseñó hambre de crecer.

Me enseñó disciplina.

Me enseñó resistencia.

Me enseñó a valorar hasta las cosas más simples.

Por eso hoy sigo emocionándome con cosas que tal vez otras personas ven normales.

Como despertar temprano.

Salir al rancho mientras todavía está fresco el aire.

Escuchar los caballos moviéndose lentamente mientras amanece.

Ver el vapor salir del café caliente entre mis manos.

Y mirar a mi padre... a sus 73 años... todavía levantándose temprano para darle comida a los caballos.

Hay mañanas donde simplemente me quedo observándolo.

Y me entra un sentimiento difícil de explicar.

Porque durante años pensé que jamás tendríamos paz.

Y hoy verla... vivirla... sentirla... es algo que no tiene precio.

Después miro a mi mamá.

A sus 71 años.

Todavía activa.

Todavía fuerte.

Todavía moviéndose por toda la casa como lo hizo toda la vida.

Y aunque hubo años donde el dolor entre nosotros fue enorme... hoy puedo decir algo que jamás imaginé cuando era niño:

amo profundamente a mis padres.

Porque crecer también me enseñó a entender.

Entender que ellos también estaban rotos.

Entender que también estaban sobreviviendo.

Entender que nadie les enseñó cómo sanar.

Y cuando comprendí eso... dejé de vivir con enojo.

Eso cambió mi vida.

Porque el odio cansa.

El resentimiento destruye.

Pero el perdón... libera.

Y quizás una de las cosas más hermosas que me ha regalado la vida es poder abrazar hoy a mi mamá y sentir que finalmente somos una familia.

Eso vale más que cualquier cheque.

Más que cualquier negocio.

Más que cualquier película.

Porque el verdadero éxito no era hacer dinero.

El verdadero éxito era sanar.

A veces la gente me pregunta:

—¿Qué se siente haber logrado tantas cosas?

Y honestamente... todavía me sorprende.

Porque aún existe dentro de mí el niño del Polvorín.

Ese niño que lloraba escondido.

Ese niño que sentía miedo.

Ese niño que pensaba que nunca sería suficiente.

Pero hoy también entiendo que ese niño jamás estuvo roto.

Solo estaba siendo preparado.

Preparado para soportar presión.

Preparado para resistir rechazo.

Preparado para luchar cuando otros se rinden.

Porque cuando creciste sobreviviendo... el miedo deja de detenerte.

Y creo que por eso nunca pude conformarme.

No quería repetir la historia.

No quería perderme en alcohol o drogas como vi a muchos adultos hacerlo.

No quería vivir frustrado.

Quería demostrarme que sí era posible romper generaciones de pobreza.

Y quiero decir algo muy importante para quien lea esto:

sí se puede cambiar tu historia.

Pero primero tienes que cambiar tu mentalidad.

Porque muchas personas quieren resultados diferentes viviendo exactamente igual.

Mismos hábitos.  
Mismas amistades.  
Mismas excusas.  
Mismo miedo.

Y así nunca cambia nada.

Yo tuve que aprender a pensar diferente.

Tuve que dejar fiestas.  
Tuve que alejarme de personas negativas.  
Tuve que estudiar.  
Tuve que caerme muchas veces.

Y aunque dolió... valió la pena.

Porque hoy entiendo que cada fracaso me estaba preparando para algo más grande.

Cada negocio perdido.  
Cada rechazo.  
Cada caída.

Todo tenía propósito.

Incluso los momentos que parecían injustos.

Hasta quedarme perdido mirando escenarios dentro de Paramount Pictures tuvo sentido.

Porque años después terminé creando mis propias películas.

Y no solamente películas...

historias.

Historias que hoy inspiran personas.

Y creo que ese es el verdadero legado que quiero dejar.

No quiero que la gente me recuerde solamente por negocios o cine.

Quiero que me recuerden como alguien que demostró que el origen no define el destino.

Porque yo sé lo que se siente no tener esperanza.

Sé lo que se siente pensar que nunca vas a salir adelante.

Y precisamente por eso escribo este libro.

Para que cuando alguien esté solo en la madrugada pensando que ya no puede más... recuerde que un niño salido de una casa de cartón logró cambiar completamente su vida.

No porque fuera especial.

Sino porque decidió no rendirse.

Y si algo quiero dejarle al mundo antes de irme algún día... es esto:

nunca permitan que el dolor los convenza de que nacieron para perder.

Porque a veces las personas más fuertes... son las que crecieron en medio del caos.

Las que aprendieron a sobrevivir cuando nadie las rescató.

Las que siguieron avanzando aun llorando por dentro.

Hoy entiendo que mi historia nunca fue realmente sobre pobreza.

Fue sobre creer en mí... cuando la vida me daba todas las razones para no hacerlo.

Y si el niño del Polvorín pudo construir paz después de tanto dolor...

entonces cualquiera puede volver a levantarse.

## **Capítulo Final — La Forma en Que Aprendí a Amar**

Hay personas que crecieron escuchando “te amo”.

Yo crecí escuchando:

—Trabaja para que tus hermanos puedan comer.

Desde muy niño entendí que el amor no eran abrazos.

No eran regalos.

No eran palabras bonitas.

El amor era sacrificarse.

Era despertarte antes que saliera el sol.

Era vender flores con frío.

Era ir a trabajar aunque tu cuerpo estuviera cansado.

Era dormir con hambre para que otros pudieran comer.

Así fue como aprendí a amar.

Mi mamá era muy dura conmigo.

Muchas veces sentí que descargaba sobre mí toda la desesperación, el cansancio y el dolor que llevaba encima. Pero con los años entendí algo que de niño jamás pude comprender:

ella también estaba sobreviviendo.

Tenía siete hijos.

No había dinero.

No había descanso.

No había ayuda.

La vida nunca le dio oportunidad de detenerse a sanar.

Y aunque hubo momentos muy duros que jamás olvidaré... hoy puedo verla con otros ojos.

Porque crecer también es aprender a entender el dolor de quienes nos criaron.

Pasé por dos matrimonios y muchas veces mis parejas no entendían por qué nunca podía detenerme.

Siempre trabajando.  
Siempre pensando en crecer.  
Siempre creando algo nuevo.  
Siempre luchando por el siguiente proyecto.

Pero dentro de mí seguía viviendo el mismo niño de El Polvorín.

El niño que tenía miedo de que faltara comida.  
El niño que aprendió demasiado temprano que descansar podía costarte caro.

Y aunque muchas veces quise cambiar eso... nunca pude hacerlo completamente.

Porque trabajar se convirtió en mi manera de proteger a los demás.

Mi manera de amar.

Con el tiempo entendí algo muy fuerte sobre mí:

yo nunca aprendí a amar con palabras.

Aprendí a amar trabajando.

Dando seguridad.  
Dando estabilidad.  
Dando oportunidades.  
Construyendo algo para los demás.

Tal vez por eso siempre luché tanto.  
Tal vez por eso nunca pude conformarme.

Porque dentro de mí seguía existiendo aquel niño que juró que algún día sacaría a su familia adelante.

Y sí... hubo heridas que marcaron mi vida para siempre.

Momentos oscuros que casi destruyen mi manera de ver el mundo.

Como aquella vez en la llantera cuando alguien intentó aprovecharse de mí siendo apenas un niño.

Hay experiencias que nunca desaparecen completamente.

Solo aprendes a vivir con ellas.

Tal vez por eso todavía hoy me cuesta expresar amor de la forma en que muchas personas esperan.

Tal vez sigo siendo aquel niño golpeado, asustado y lastimado que aprendió que proteger a los demás era más importante que protegerse a sí mismo.

Pero algo sí puedo decir con todo mi corazón:

no cambiaría nada.

Porque todo ese dolor construyó al hombre que soy hoy.

Cada golpe.

Cada caída.

Cada noche con hambre.

Cada fracaso.

Cada miedo.

Todo tuvo propósito.

Porque si no hubiera vivido todo eso... jamás habría desarrollado la fuerza para convertirme en quien soy.

Y aunque mi camino estuvo lleno de dolor... también estuvo lleno de personas que marcaron mi vida para siempre.

Personas que me ayudaron cuando más lo necesitaba.

Personas que caminaron conmigo cuando no teníamos nada.

Y antes de terminar este libro, quiero agradecerles.

A mi hermano José.

Porque muchas veces fue quien más ayudó a que hubiera comida en casa cuando todo estaba difícil.

A mi hermano Ramón.

Porque caminó conmigo por las calles cuando éramos solamente dos niños llenos de tierra, hambre y sueños, pidiendo dinero y tratando de sobrevivir.

A mi hermano Jorge.

Porque siempre creyó en mí.

Incluso cuando muchas personas dudaban.

Y hoy es una de las piezas más importantes dentro de nuestros negocios.

A Juan.

Porque es ejemplo de disciplina, lealtad y compromiso.  
Porque ha sido clave manejando toda la publicidad y crecimiento en plataformas para nuestras empresas y proyectos.

Y también a todas las personas que estuvieron conmigo durante este camino.

Amigos.

Socios.

Compañeros.

Mentores.

A mis hijos...

porque ustedes me enseñaron algo que nunca había aprendido completamente:

que también merecía ser amado.

Gracias a cada persona que creyó en mí cuando todavía no existían las películas, los negocios o el éxito.

Porque nadie llega lejos completamente solo.

Hoy, después de todo lo vivido, entiendo algo muy importante:

el verdadero éxito no fue el dinero.

Fue poder regresar a Mexicali.

Fue poder cuidar de mis padres.  
Darles tranquilidad.  
Verlos vivir en paz en su ranchito rodeados de caballos,  
animales y silencio.

Y hay mañanas donde simplemente me siento a  
observarlos mientras amanece... y entiendo que todo  
valió la pena.

Porque al final de todo...

mi forma de amar siempre fue entregar mi tiempo, mi  
energía y mi vida completa para que las personas que  
amo estuvieran mejor.

Quizás no amo de la manera perfecta.

Quizás nunca aprendí a demostrarlo con abrazos o  
palabras bonitas.

Pero si la vida me construyó así... entonces así era mi  
destino.

Y, aun así, amé con todo lo que tenía.

A mi manera.

Si algún día alguien recuerda mi historia, quiero que  
recuerde esto:

no importa qué tan difícil haya sido tu comienzo.

No importa cuántas veces te rompieron.

No importa si vienes de una casa de cartón.

No importa si alguna vez sentiste que el mundo te olvidó.

Nunca dejes de luchar.

Porque a veces... los niños más olvidados terminan construyendo los legados más grandes.

Y si hoy puedo mirar mi vida con paz... es porque entendí que todo aquello que un día me hizo sufrir...

también fue exactamente lo que me convirtió en Ruben Ozuna Gallardo.

## Agradecimientos

Gracias a mi familia, a mis hermanos José, Ramón y Jorge, Juan, Raúl, Francisco a mis hijos, amigos, socios y a todas las personas que creyeron en mí cuando solamente existían sueños. Este libro es para todos los que alguna vez sintieron que el mundo los había olvidado.